



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

POCA 6.<sup>a</sup> — AÑO XIV. — TOMO XII.

NÚMERO 35. — Madrid 15 de Diciembre de 1889.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	4 ptas.
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD  
**DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS**  
Director: **D. FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA**  
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 f.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. f.
Un año.....	5 "

### ADVERTENCIA

Se ruega á los Señores Suscritores que aun no han satisfecho el año actual, lo verifiquen inmediatamente, á fin de evitar los perjuicios que causan á esta Administración y á los intereses de los huérfanos.

### SUMARIO

#### Texto.

*La Década*, Tordesillas. — *La educación cristiana*, Ildefonso Antonio Bermejo. — *Discurso de D. José de Castro y Serrano, leído ante la Real Academia Española, en su recepción pública del día 8 de Diciembre de 1889.* — *Higiene y medicina*, Dr. González del Valle. — *El desafío*, Marqués de Dos Hermanas. — *El mal viento*, Juan Tomás Salvany. — *Las dos vidas*, Patrocinio de Viedma. — *Asociaciones benéficas*. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

### Grabados.

MOZART Y SU HERMANA MARÍA ANA, tocando el piano ante María Teresa de Austria y su Corte. — Mozart fué artista á los cuatro años. Siete contaba cuando en 1792 su padre y maestro Leopoldo Mozart, fué dándole á conocer por Europa en compañía de su hermanita. Uno de sus primeros conciertos es el que representa nuestro grabado: los pequeños artistas causaron admiración tan profunda en la corte imperial, que María Teresa sentó en su falda y colmó de caricias á aquel niño que había de llenar más tarde con su nombre los espacios de la fama. Compositor insigne, pianista, violinista, consumado maestro; genio desbordado en todas sus composiciones, que sus biógrafos hacen ascender á cerca de ochocientas, entre las que descuella su música religiosa de himnos, cantatas, oratorios, Misas; distinguido en el estudio de las letras y consagrado á la práctica de las virtudes religiosas, fué colmado de favores por los reyes de Francia é Inglaterra, emperadores y grandes duques de Alemania; ennoblecido y condecorado por el Papa Clemente XIV y adoptado por las Academias de Verona y Bolonia, siendo ídolo de todos los públicos, en Roma, Munich y Milán, como en Londres, Viena y París; Mozart no fué de los que se engriegen con las caricias de la popularidad y si de los que reconocen el origen de toda gloria mundana

en la inspiración divina. En 1777—contaba entonces veintidós años—escribía á su madre desde Mannheim: «Tengo siempre á Dios delante de mis ojos; reconozco su omnipotencia, admiro su misericordia y bondad infinitas; y si las cosas van según su voluntad, irán seguramente, según la mía, que es la suya.»

Mozart nació en Salzburgo en Enero de 1756, y murió en Viena en Diciembre de 1791, cuando estaba en el apogeo de su talento. Del conjunto de sus composiciones hay que señalar sus óperas *Don Giovanni*, *Le Nozze de Figaro*, *Così fan tutti*, *Il flauto magico*, el oratorio *David penitente*; las seis portentosas composiciones dedicadas á su noble émulo Haydn, y, sobre todo, su grandiosa y celebrísima Misa de *Requiem*.

«La cualidad característica de Mozart, según uno de sus críticos más sensatos, es la abundancia y frescura de su inspiración melódica. Sus temas, de líneas admirables, que se dibujan sobre una armonía llena de sencilla naturalidad, están influidos por las obras de la antigua escuela italiana, y en ellos se desborda la delicadeza de su organización y la idealidad de su alma de poeta. Alma de poeta y de creyente fervoroso, añadimos nosotros.

**COSTUMBRES. LAS AMIGAS, dibujo de J. Llovera.**—El lápiz de Llovera, que tan alto ha colocado su nombre, idealiza sus tipos; pero no los



MOZART Y SU HERMANA MARÍA ANA, TOCANDO EL PIANO ANTE MARÍA TERESA DE AUSTRIA Y SU CORTE.



aparta de la realidad. Esas dos figuras de mujer, meridionales por la traza y el corte, están delineadas a la vista del modelo vivo: unen la gracia a la sencillez. Las dos amigas se peinan y acicalan mutuamente para ir a bailar unas sevillanas, para asistir a la corrida, para lucir por la calle ese garbo peculiar de la tierra andaluza. El lápiz finísimo del maestro ha hecho en este pintoresco cuadro veces de paleta, cargada de rico, de exuberante color. Aparte de esa gallarda silueta, a que tanto valor presta el característico pañolón de Manilla, de esos vestidos tan adecuados al tipo popular, de esas flores, de esas arracadas, de esa peineta, propia de la manolera, descuellan el fondo vecino al patio andaluz y las palomas, que revolotean de verdad. Es esta obra exacta reproducción de costumbres populares.

GRANADA. GALERÍA Y PATIO DE LOS LEONES DE LA ALHAMBRA. — Una de las maravillas de la fantástica mansión de Boabdil es el patio de los Leones, al cual abre paso el de los Arrayanes. Es de forma cuadrilonga y artísticamente agrupadas; levántanse en sus lados más de cien columnas de mármol blanco, sobre cuyos caprichosos capiteles descansan arcos de distintas curvas, con altas enjutas formadas por dos lienzos de estuco, calado de prodigiosa manera. Adornan cada uno de sus ángulos triples arcos festoneados, con gallardas cimbras de ancho paramento, y en los extremos, ricos templete cuadrados, bajo cada uno de los cuales hay una fuente, y en el centro del patio una gran taza poligona, sustentada por doce leones. Se halla el patio más bello de la Alhambra, circuido de salas llamadas de Justicia, dos Hermanas y Abencerrajes, en las que resalta en toda su pureza el genio y la fantasía de los árabes.

## LA DÉCADA

COMO es sabido, los ecos del exterior no traen nuevos y trascendentales acontecimientos: capítulo de bodas proyectadas, en el que toca ahora su parte al anunciado matrimonio del Príncipe Fernando de Bulgaria con la Princesa María, hija de los duques de Edimburgo, que tiene catorce años, y que realmente puede esperar la toma de estado. Y otra boda en embrión, es la del Archiduque Francisco Fernando con la Archiduquesa Dorotea, señalada para cuando haya pasado el aniversario de la muerte del Príncipe Rodolfo de Austria. Con motivo de regresar de su cuarto viaje de exploración Enrique Stanley, la prensa europea celebra esa obra de titanes de que ha sido principal elemento el célebre irlandés, que en el Estado libre del Congo realizó empresas dignas de la epopeya, no sólo en lo referente a la esclavitud de los negros y a la caza feroz de hombres, sino respecto a las ciencias etnográficas, geológicas, botánicas, zoológicas y anagráficas que se aprovecharan de sus estudios, transmitidos en la obra que prepara y que ya se disputan los editores mediante ofrecimiento de sumas fabulosas. El congreso anti-esclavista de Bruselas se ha ocupado de los medios de acción para su obra civilizadora, que consisten principalmente en organizar en territorio africano los servicios religioso, administrativo, judicial y militar: en establecer en la zona de cada Potencia asociada estaciones fuertemente guarnecidas, utilizando su acción protectora y represiva; en construir carreteras y ferrocarriles que enlacen las estaciones, y establecer buques de vapor en las aguas interiores navegables, y en prohibir la importación de armas de fuego y de municiones en toda la extensión de los territorios que explota la trata. De Venezuela hay un eco que una vez más prueba la inestabilidad humana: más de dos mil ciudadanos de Caracas, arrojaron de su pedestal é hicieron pedazos la estatua del General Guzmán Blanco, ídolo de aquel pueblo ayer, y maltratado hoy por gracia republicana.

\*\*\*

Gripe, dengue ó influenza, trancazo ó cosa que lo valga, anda rondando por el mundo una tenida por leve enfermedad ó malaria, que ha puesto en guardia a la humanidad doliente. Ya se ocupa de ella en este número el Dr. González del Valle y previene su remedio. Nuestra administración no se descuida, por si se nos viene encima la visita de huésped tan molesto, y ha discurrido meter, si llegara el caso, a los invadidos pobres en el palacio de Bellas Artes de la Castellana, del cual se recuerda que quedó en suspenso la recepción del edificio por temores de que

no ofrecía seguridad la cimentación, al extremo de que dejó de celebrarse una Exposición industrial proyectada por nuestro Ayuntamiento, sin que nadie recuerde haber oído si los arquitectos del Estado dieron al fin por buena la construcción y si el palacio está seguro ó no. De todos modos, si los atacados que allí entraran se veían libres de un hundimiento, les quedaría el consuelo de curarse de la tos y de morir de frío. Porque aquí — ya lo sabemos — llegado el momento de esparcirse esa voz fatídica que grita: ¡temporal! ¡hielo! ¡hambre! ¡miseria! se encuentra todo, menos hospitales, asilos que acojan al enfermo desvalido. San Bernardino se hunde; se hunde San Juan de Dios..., y a todo esto la beneficencia provincial y municipal cruzada de brazos, mientras los enfermos de sus establecimientos prefieren la calle al albergue que se les da en nombre de la caridad oficial. Pero no es lo más la enfermedad del día, ni el rigor del crudo invierno, ni la falta de hospederías; lo peor es la noticia de que en Turquía está haciendo grandes estragos el cólera, que por muy lejano que parezca, al fin y al cabo puede llegar y Dios nos libre de que llegue.

\*\*\*

El día 8 fué de gala para las letras. Al ser recibido Académico de la lengua D. José de Castro y Serrano, escritor que piensa hondo y adereza sus obras con fáciles alardes de viviente y fecundísimo ingenio, leyó el discurso que también sirve hoy de gala a nuestras columnas y que reproduce la mayor parte de la prensa. El tema que desenvuelve es tan original como oportuno: *De la amenidad y galanura en los escritos como elemento de belleza y de arte*. El nuevo Académico, después de establecer la distinción necesaria entre el chiste y el humorismo, y de penetrar en la esencialidad del primero de nuestros libros festivos, el *Quijote*, entra en el concepto de la forma, en el arte de escribir, en la cultura, limpieza y amenidad del estilo, al que quiere ver libre de los moldes rutinarios, en la órbita de cada especialidad, que le deslustran. Pide claridad, sencillez, corrección, en una palabra, literatura para los escritos. Un poco de literatura y de bien decir, por amor de Dios, para la jerga universal, digó yo, que campa a sus anchas, en libracos y papeles cotidianos; para la jerga sabia de ciencia mal explicada; para la jerga del legislador, a pesar de la corrección de estilo; para la jerga de la administración, donde hay mayor resistencia que en ninguna otra esfera a poner bien la pluma; para la jerga del fárrago forense; para escritos en que la técnica se convierte en logogrifo; un poco de literatura de que carecen algunos afeados literatos; literatura en cuantos medios de expresión caben en el comercio social y hasta en la vida íntima, pues aunque parezca exageración, no son tantos los que saben dictar una carta; literatura para el artista, para el médico, para el letrado que anda reñido con las letras; literatura en los libros místicos no exentos de vulgaridades y acaso de irreverencias; literatura para la decadente poesía; literatura, en fin, para todo orden de emisión en las ideas, desde la obra de ciencia al calendario; desde el mejor artículo de fondo, que decíamos antes, hasta el anuncio industrial. ¡Ah! ¡Cuánta razón tiene mi querido Castro y Serrano al predicar con el ejemplo que no hay vida, ni arte, ni belleza sin amenidad, sin literatura!

De la literatura nace la cultura; de la cultura la grandeza del pensar, y del pensar el buen sentir. Pero, después de todo, ¿juzga mi amigo y maestro que podremos asistir algún día a la cátedra universitaria que pide, donde se curse el arte de escribir? La hay para el tagalo; pero ¿la habrá para el castellano?

El discurso, contestación del ilustre Duque de Rivas, fué digno del tema propuesto: lazo que unirá

al autor de las *Historias vulgares* y de *La novela del Egipto* con el delicadísimo poeta.

\*\*\*

Los niños y las niñas que no entienden de economías municipales, han oído que se trata de suprimir de un plumazo, las fieras del Retiro. No será de extrañar que sobrevenga una manifestación de bebés pidiendo la inmunidad de los monos, ya que tantos hombres hacen el mico,

*Fordesillas*

## LA EDUCACIÓN CRISTIANA

LOS que somos padres ó madres recordaremos siempre con placer las palabras de Cornelia, que respondiendo a las lisonjas de sus amigas en el momento en que una encarecía sus joyas, otra sus grandes dominios, otra los honores de su marido, exclamó: «He aquí mis joyas, mis dominios y mis honores» señalando a sus dos hijos, que se hicieron célebres andando el tiempo bajo el nombre de los dos Gracos.

Con nuestros hijos resucitamos y nos rejuvenecemos; con nuestros descendientes nos perpetuamos sobre la tierra. No hay tarea más importante y solemne que la educación de nuestros hijos, que constituyen nuestro más precioso tesoro, ¿cómo no ha de ser esta tarea objeto de nuestros mayores cuidados, si con ella echamos los cimientos de su felicidad ó de su desgracia? Hay que tener en cuenta que, por una buena ó mala educación en nuestros hijos, preparamos para nosotros mismos en lo porvenir las mayores alegrías ó los mayores infortunios. Por otra parte, la infancia de hoy, ¿no será la nación de mañana? Tal niño, tal hombre, dice el proverbio. El gran filósofo Leibnitz dijo un día: «dádme la juventud para educarla según mis principios, y antes de veinte años gobernaré el mundo.» Lo mismo nuestros intereses personales que los de la patria, concurren para recomendarnos la educación de la nueva generación.

Educación no es instruir, aunque suelen confundirse estas dos cosas esencialmente distintas. Instruir, como la misma palabra indica, significa introducir en el espíritu del niño cierta cantidad de conocimientos con método y orden. Esta iniciación, indudablemente forma parte de la educación, pero no constituye el todo, no forma más que una parte secundaria. Educar quiere decir ensanchar las facultades inherentes al niño, a fin de que las fuerzas que se hallan dispuestas en su alma en germen se desenvuelvan con vigor creciente hasta llegar a su cumplida madurez. Esto es lo que sucede en todo ser organizado, desde la planta hasta el hombre; posee en el fondo de su naturaleza una fuerza vital diversificada según la especie y la particularidad de cada individuo, y se manifiesta esa vida interior por medio de un desarrollo gradual. El arte de la educación consiste en cooperar con la naturaleza humana para conducir al niño a la plena expansión de todas sus facultades físicas, intelectuales y morales.

¿Qué es el hombre? ¿Cuál es su estado actual, particularmente el del niño, y cuál el destino supremo a que es llamado? Este es el problema decisivo que se coloca a la entrada de todo sistema pedagógico. Según la respuesta que se dé a estas dos preguntas concerniente al punto de partida y al punto de llegada de la naturaleza humana, la educación tomará un rumbo diferente en uno ó en otro sentido. El materialista que no mire en el niño más que la materia no podrá ver en sus empeños pedagógicos más que la aptitud de su discípulo para un bienestar



material. Por el contrario, el que cree en la naturaleza espiritual del hombre, en la libertad, en la conciencia, en la moralidad, exigirá del niño en todas las cosas la subordinación de la carne a la supremacía del espíritu y la obediencia de las pasiones a las prescripciones del deber. De igual manera en manos de un racionalista, que estudia enteramente en las fuerzas morales del niño y en la eficacia de la pedagogía humana, la educación tendrá distinto carácter que bajo la dirección de un cristiano creyente que reclama para la salvación de la humanidad doliente el socorro de la gracia de Dios. Yo he de limitarme a hablar de la educación dirigida en sentido cristiano.

La educación es la condición de todo progreso en ciencias, costumbres e instituciones sociales. Importa, pues, que cada generación comunique por la educación sus buenas cualidades a los que vienen detrás; en caso contrario, su influencia no serviría más que para hacer degenerar a la humanidad.

Al ver al niño jugar, hablar, sonreír con tanta candidez y gracia creemos en su inocencia original y en su completa pureza. Pero ¡ay! no podemos rebelarnos contra la evidencia de los hechos. El observador atento verá en el niño desde su más tierna edad movimientos de cólera, de envidia, hasta de disimulación y algunas veces de abierta rebeldía. Son otras tantas manifestaciones de ese egoísmo innato en nosotros y la raíz del pecado. Abandonar al niño asimismo sería dejar crecer la mala hierba libremente en el inculto campo de su alma, dejarle descender con rapidez creciente sobre el plano inclinado en que nos encontramos todos por las malas inclinaciones de nuestra naturaleza.

Veamos cuál es el objeto de la educación cristiana. Se propone colocar al niño, de pronto bajo la influencia regeneradora del Evangelio y del espíritu de Cristo. Sólo Jesucristo es el hombre perfecto, el hombre exento de pecado, el hombre en donde habita la plenitud de la divinidad.

La educación bien entendida debe ser progresiva; este es axioma fundamental de la pedagogía moderna. Es evidente, que para ejercer sobre el niño una influencia eficaz y bienhechora, la educación debe en todos los momentos adaptarse a sus necesidades y a sus capacidades; y como el niño se desarrolla gradualmente, el preceptor debe marchar al mismo paso que su discípulo, dejándole una libertad conveniente sin reprimirlo ni concederle una libertad absoluta. Un maestro inteligente dedicado a la instrucción de la infancia comenzará por sondear el terreno para saber dónde se halla su discípulo, y desde allí partirá para hacerle adelantar en sus estudios, sin dar un paso más lejos, sin tener la seguridad de que el niño ha comprendido las lecciones precedentes. El mismo principio debe aplicarse a la educación moral. El preceptor cuidará de arreglar su paso al de su educando.

Observemos los procedimientos de Jesucristo en la educación espiritual de sus discípulos. ¿Quién no admira la sabiduría pedagógica con que apropió sus actos y sus enseñanzas a las disposiciones de sus gentes? Sus instrucciones son siempre graduadas y al alcance de aquellos a quienes se dirige. Comienza por presentar los fundamentos de su obra proclamando las verdades elementales del reino de Dios, y continúa con la mayor circunspección desenvolviendo el misterio de su propia persona, el fin trágico de su vida y el glorioso porvenir de su reino; espera pacientemente que la buena semilla que ha derramado en los corazones germine y crezca.

La excelencia del método pedagógico de Jesús se ha demostrado por los hechos ulteriores. Cuando ha llegado el momento de acción, aquellos pescadores incultos de Galilea, formados en la escuela de Cristo, llegan a ser oradores que conmueven a

las multitudes y confunden la ciencia de los sabios, y engendran héroes que dieron su vida por la causa de Dios.

El soberano medio de solicitar y fortificar las facultades naturales del niño es el ejercicio, y los tres factores sobre los cuales conviene ejercitar sus fuerzas son: la naturaleza, los hombres y Dios. Es necesario, tanto como sea posible, combinar a un tiempo la acción de estos tres factores y hacerlos obrar igualmente sobre la naturaleza del niño.

Ved esa encina majestuosa, cuyo vigoroso tronco resiste a las más violentas tempestades; salió de un grano que cayó en tierra en el mismo sitio en que se levanta. Ahora pregunto: ¿cómo se ha efectuado este desarrollo maravilloso? ¿Creció primero la raíz y algunos años después el tronco y por último sus ramas? No, todas las partes del árbol crecieron simultáneamente y en constantes proporciones.

Pues bien: el niño encierra en su ser todas las facultades esenciales del hombre; por eso, para conformarse a los procedimientos de la naturaleza, como he demostrado con el ejemplo de la encina, es menester trabajar con perseverancia para obtener un desarrollo simétrico del niño en todas sus facultades de cuerpo y de espíritu, porque de otra manera se rompería el equilibrio de la naturaleza.

*Mens sana in corpore sano*, «espíritu sano en cuerpo sano», este principio de los antiguos debería observarse mejor entre nosotros. En efecto, no conviene desarrollar el cuerpo a expensas del espíritu, pero tampoco se debe sacrificar al desarrollo del espíritu la salud del cuerpo.

Trazadas las líneas principales del método pedagógico que es preciso seguir, apliquemos los principios generales que acabo de indicar a las diferentes fases del desarrollo del niño. Hablaré ante todo de la primera infancia, que debe comprender hasta la edad de seis a siete años. La educación debe comenzar desde la cuna: cada día, cada semana que pasa en la irregularidad y el desorden, establecerá en el niño costumbres que costará después mucho trabajo combatir y corregir. Desde luego se comprende que el suelo natal en que el niño debe tomar su raíz y crecer es la familia.

El padre y la madre son los primeros encargados de educarle. Si en las tinieblas del paganismo existieron y existen todavía padres desnaturalizados que exponían y mataban a sus hijos deformes o débiles, el Evangelio de Cristo ha dicho a los padres y a las madres que cada criatura que les nace es un alma inmortal que Dios le ha confiado y del cual les pedirá cuenta. ¿Tendré necesidad de apuntar aquí la santa ternura con que Jesús acariciaba a los niños?

Antes que a nadie, incumbe a la madre consagrar sus primeros cuidados al recién nacido. La madre es la que debe enseñar al niño a hablar, acostumbrándole a señalar por sus nombres los objetos y las personas que le rodean. Esta misma madre debe enseñar a su hijo a rezar y a abrir su alma a Dios. Importa mucho que los primeros sentimientos que se despiertan en el niño sean puros y piadosos. Una infancia en el seno de la familia verdaderamente cristiana es una bendición para toda la vida. ¿Cuántas veces no ha sucedido que las exhortaciones de una madre piadosa han resistido en el espíritu de un joven a todas las seducciones del mundo corrompido, a las dudas de una ciencia incrédula y han concluido por llevar al hijo pródigo a la fe de su infancia?

Permítaseme recordar el ejemplo de Mónica, instrumento principal de que se sirvió Dios para la conversión de su hijo San Agustín.

No se entienda por lo que voy apuntando, que menosprecio el papel del padre, cuya influencia se deja generalmente sentir un poco más tarde durante los años de la adolescencia y de la juventud. A él pertenece como Jefe de la familia, mantener el or-

den y la disciplina en la casa y ejercer la autoridad suprema.

En las relaciones del niño con sus padres, el resultado que es preciso obtener a todo trance es la obediencia filial, y para obtenerla pronta los padres deben conciliar la severidad con el amor. Este ha sido el método escogido por el mismo Dios en la educación de la humanidad. En la Ley sináptica comenzó por revelar su severa justicia acompañada de bendiciones, y con Cristo nos manifestó su amor infinito, ese amor santo que odia el pecado y que entrega a su hijo único para salvar al pecador. El amor produce el amor; es ley eterna.

No tengo necesidad de demostrar que la severidad y el amor no sirven para nada sin el buen ejemplo de los padres. Predicar con ejemplo es de todos los medios de educar el más poderoso, el más verdadero.... pero el más difícil.

Pasemos a la segunda época de la infancia, que comprende la edad de siete a catorce años. También en este período conservan los padres todos sus derechos sobre el niño; sin embargo, éste debe comenzar a cooperar con más espontaneidad para su propio desenvolvimiento moral e intelectual. Al niño se le debe conducir de manera que tenga el convencimiento de que no es su gusto natural ni un placer momentáneo lo que debe formar su regla de conducta, sino el deber, es decir, la voluntad de Dios tal como su conciencia y el Evangelio de Cristo le revelan.

La vida de familia, con sus diferentes gradaciones de rango entre los distintos miembros de la casa, entre padres e hijos, hermanos y hermanas, señor y criados, es un excelente aprendizaje para el cumplimiento de las obligaciones que imponen las relaciones sociales más tarde al adulto. El niño debe aprender desde muy temprano a someterse a un orden de cosas que arregla la vida de todos, y acostumbrarse al trabajo, que es la ley común de la vida humana.

Pero en esta segunda época la familia comparte los cuidados de la educación del niño en la escuela. Para las niñas, sólo la familia con algunos auxilios exteriores para ciertos ramos de la instrucción, tal vez podría bastar; pero un joven asido a las falda de la madre corre el riesgo de afeminarse, y el trato cotidiano con sus iguales, y el de la escuela, hacen que el joven se acostumbre a sobrellevar el peso de la lucha con la vida; por este medio aprende a hacerse respetar con su energía, y a respetar los derechos de los demás. Es evidente que en los bancos de la escuela se contraen las amistades más sólidas, que son origen de muchas alegrías y apoyo precioso en las vicisitudes de la vida. La elección de los amigos es punto muy importante y hacia el cual debe la familia poner toda su atención. El niño se inclina generalmente a imitar a los que le rodean, y todo el mundo sabe que se imita con más facilidad lo malo que lo bueno.

Conviene sobre todo que la familia y la escuela marchen de acuerdo y que concurren juntas a educar al niño en el espíritu cristiano. Es grave error, desgraciadamente muy propagado en nuestros días, considerar la escuela únicamente como lugar de instrucción, siendo así que la parte más esencial de su tarea consiste en cooperar a la educación del niño en la formación de su corazón y su carácter.

Por desgracia, en el estado actual de las cosas sucede con frecuencia que la instrucción y la educación, en lugar de completarse y sostenerse recíprocamente, se divorcian. Vemos casos en que la instrucción que se da en la escuela está en secreta contradicción con la educación que se recibe en la familia cristiana.

Quiero terminar apuntando dos palabras sobre la tercera época de la educación; quiero hablar de la que comprende el espacio desde los catorce a los diez y ocho años de edad, ó sea adolescencia.



Es la primavera de la vida humana, la época en que todas las fuerzas físicas é intelectuales adquieren vuelo maravilloso. Nuevos horizontes se abren al espíritu y se anuncia un ardiente deseo de libertad. El yo tiende á representar un gran papel; la autoridad paterna debe ya revestir la forma del consejo benévolo y prevalecer las recomendaciones persuasivas. Objeto de la educación después de todo es formar un hombre capaz de gobernarse á sí mismo, el arte del preceptor consiste en manifestarse superfluo.

Todo tránsito brusco desde el régimen de la ingestión al de una libertad ilimitada expone al joven al peligro de perder el equilibrio moral y á dejarse arrastrar por el atractivo de los placeres mundanos. En esta edad crítica el desbordamiento de las pasiones es tanto más peligroso, cuanto que precisamente en estos años se desarrolla el carácter del joven, y la elección de una vocación se impone para toda la vida.

Antes de descender á la arena de la vida, donde nos espera una lucha ardua y prolongada, es menester que el joven cristiano camine abroquelado con todas las armas espirituales que nos comunica la gracia de Dios.

Para gobernar á los demás es necesario comenzar por gobernarse á sí mismo; artes tan difíciles la una como la otra. Recordemos siempre que el fondo de nuestra vida entera, desde la cuna hasta el sepulcro, no es más que una educación entre las manos de un Padre celestial muy sabio y muy bueno, que quiere que todas las cosas concurren para nuestra salvación eterna.

Aprendamos á dirigirnos por su santa voluntad en los momentos decisivos de nuestra carrera terrestre, para que marchando por la senda de Jesucristo, cuyo alimento era hacer la voluntad de su Padre, logremos llegar á ser hombres dignos de Dios por nuestras obras.

ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

## DISCURSO

### DE D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO

LEÍDO EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

#### ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL DÍA 8 DE DICIEMBRE DE 1889.

SEÑORES ACADÉMICOS:

**AL**GUIEN ha dicho que para descubrir el color rojo de vuestros sitiales hay que levantar siempre un paño negro. ¡Triste obligación que se hereda con el caudal de honra concedido al que recibe distinciones por vacante de muerte! El paño que yo levanto hoy deja al descubierto la silla de un Profesor que tenía por práctica constante, no ya el cultivo, sino el magisterio de las bellas letras; de un orador que á los encantos de la elocuencia popular que á todos atrae, unía el encanto de la elocuencia docente que á todos ilustra; de un escritor y filósofo, cuyas dotes al colocarlo entre vosotros tomaban tal vuelo, que quizá su propia esplendidez ocasionó el triste letargo á que estuvo reducida su alma por muchos días, hasta que un prematuro fin privó á sus hijos de un padre honrado, á la Academia de un auxilio poderoso, á la Universidad de un maestro insigne, y á sus compañeros y amigos de un excelente amigo y compañero. Descanse en paz el que fué en vida D. Francisco de Paula Canalejas, y es hoy, difunto, nueva página de dolorosa memoria en la necrología de esta Corporación.

Entra á sustituirle, señores, uno que no es Profesor, ni orador, ni filósofo, y á quien si algo distingue, es

el cariño que siempre tuvo á las letras humanas; y entre las letras humanas, á las letras españolas; y entre las letras españolas, á las que se dirigen al entendimiento de la multitud con ánimo de recrearlo honestamente; título pobre en verdad para la alteza del ministerio que vosotros desempeñáis gobernando la literatura y lengua castellanas.

Ya veis que se ha perdido mucho para ganar poco; pero no creáis que rebaje demasiado las circunstancias que me traen á vuestro seno. El que es elegido por una de estas doctas asociaciones no se pertenece ya á sí propio, sino á ellas, y todo lo que amengüe sus cualidades personales redundará en menoscabo del que las utiliza. Cuando vosotros me elegisteis sabrías por qué. Señores Académicos, muchas gracias.

Voy á ocupar por breve tiempo vuestra atención con un asunto de modestos alcances, pero que, á mi juicio, abarca materia suficiente, si no para un discurso didáctico, al menos para una conferencia provechosa, que es á lo que aspiro en el momento actual. Voy á hablaros de una de las dotes más características del ingenio literario español; de la que casi distingue las buenas de las malas obras; de la que ha dado á las primeras la fama con que andan por el mundo: voy á hablaros DE LA AMENIDAD Y GALANURA EN LOS ESCRITOS COMO ELEMENTO DE BELLEZA Y DE ARTE.

Al empezar mi estudio, si he de verificarlo con mediana fortuna, necesito que le preceda el de la fuente de donde brota esa vena feliz, ó sea el estudio del manantial misterioso que se llama *chiste*. Él ha de guiarme luego en el desarrollo de mis ideas, aunque otorgue demasiada latitud á su nombre para expresarlas. Efectivamente: vuestro Diccionario de voces españolas, que ya es el mío, define la palabra *chiste* explicando que es *un dicho agudo y gracioso que por extensión comprende los sucesos festivos, las chanzas y las burlas disimuladas*; pero no más. Permitidme, sin embargo, que yo aplique la palabra al gracejo y malicia de los escritos, á la picaresca expresión de las frases, al tono regocijado de las obras literarias que hacen la lectura deleitosa y sonriente. Permitidme á la vez que amplíe el uso del vocablo á toda cláusula que comprenda un concepto sutil, ó lo que es igual, que á todo lo chistoso le llame *chiste*. De esta manera serán más fáciles mis explicaciones.

Inútil me parece encarecer la importancia del instrumento que se nos viene á la mano, y tanto más entre escritores y oradores como los que me escuchan; pues de antiguo se sabe que al punto á que no llegan los juicios más rigurosos y las razones más decisivas alcanza y hiere ese dardo de la inteligencia oculto tras del *chiste*. ¡Qué cosa tan pequeña y tan grande! El *chiste*, que parece un desperdicio del ingenio ó una burla de la verdad, ha predominado en el mundo con fuerza tan misteriosa como incontrastable. Cuando se han perdido las bibliotecas; cuando se han borrado las civilizaciones; cuando de los grandes pueblos, asombro de la Historia, apenas queda un pedrusco, una inscripción ó una medalla, el *chiste* flota en no sabemos qué corrientes del espíritu humano para propagarse de edad en edad, y ya en forma de apólogos, que son las gracias de la filosofía; ya en forma de aforismos, que son las gracias de la ciencia; ya en forma de epigramas, que son las gracias de la literatura; ya en forma de refranes, que son las gracias de la multitud, por el *chiste* se nos reaparecen y cobran vida aquellas generaciones que se perdieron. El aire se ha llevado las arengas de los tribunos; el fuego ha consumido los relatos de los historiadores; en las ruinas se han deshecho las máximas de los filósofos; pero las frases agudas que todos ellos han creado, las sentencias donosas que han proferido, los chistes que expresó su palabra ó vertió su pluma, esos han llegado á nosotros en su primitiva integridad, á

despecho de vendavales, incendios y destrucciones.

¿Qué es, pues, el *chiste* cuando á tan privilegiadas esferas se levanta? — Si el definir un vocablo no fuese la operación más difícil del entendimiento, yo diría que el *chiste* es todo acto, expresión ó figura que, conteniendo una absoluta conveniencia de fondo, aparece con absoluta inconveniencia de forma. Y ampliando esta definición para hacerla más comprensible, diría á los que pretenden ser chistosos: No faltéis á la exactitud íntima del asunto: faltad cuanto queráis en la manera de presentarlo. Si invertís ambos factores, esto es, si lleváis el fingimiento al fondo y dejáis la verosimilitud á la forma, no habrá *chiste* jamás; si hacéis igualmente verosímiles el fondo y la forma del asunto, faltará el *chiste* también: sólo cuando mienta la envoltura del suceso y se divise la verdad por las concavidades del mismo, es cuando provocaréis á ciencia cierta la placida sonrisa del donaire ó la estrepitosa carcajada del *chiste*. — Valga un ejemplo.

Muchas veces os habréis preguntado (y en esto no me dirijo ya sólo á la Academia, que me dirijo al público): ¿Por qué al tropezar y caer una persona en la calle, lo primero que ocasiona su desgracia es la risa de los presentes? ¿Es tan universal la perversión humana como para que ofrezcan regocijo el daño ó la vergüenza del prójimo? De ninguna manera: es que la persona, al caerse, ha originado un *chiste*, y la ley del *chiste* es inexorable. Iba caminando con el descuido y confianza que presta á las criaturas su presunción de saber andar; ocupábase en todo, excepto en el uso de sus piernas y de su equilibrio; avanzaba en conformidad de unas facultades que corresponden al inveterado uso de los movimientos. Pero de repente tropieza ó se resbala y cae, transformando lo serio de su apostura en la mueca ó disconformidad del balumbo, acto que, al describir una imagen cómica, produce la explosión de risa en los circunstantes.

¿Había de ser tan mala la humanidad? Si lo fuera, se reiría igualmente de la caída del niño cuando corre por el pavimento, ó de la caída del albañil cuando anda por el andamio, ó de la caída del acróbata cuando brinca por el alambre en la altura, y, sin embargo, no es así. El caer del niño inspira susto, el del albañil terror, el del acróbata espanto. ¿Por qué? Porque existe conformidad absoluta entre el fondo y la forma de estos sucesos; porque de la endebles de las piernas del niño, y del angustioso espacio en que se mueve el albañil, y de la sutilidad del alambre en que danza el acróbata, no pueden esperarse más que caídas. La rigurosa correlación de los hechos excusa todo *chiste* en estos casos, mientras que en el anterior la incongruencia del fondo con la forma atrae de un modo irresistible al regocijo público. Oid la disculpa del que refiere el lance: «Al verle en el suelo (dice) me dió mucha lástima, pero cuando se cayó no pude contener la risa.» — ¿Queréis, á pesar de todo, que la situación varíe? Pues que el que resbale pida auxilio, y nadie se reirá, al paso que, si lo rehusa, su caída hará coro con las carcajadas de los que la presencien. ¿Estáis viendo el nacimiento del *chiste*?

Pero aun va á notarse en mayor grado cuando se le estudie difundido por la humanidad entera con los caracteres naturales de creación espontánea.

Hay, en efecto, un manantial de gracia permanente que brota ante nosotros en el seno de todas las familias; la gracia de los niños: nadie puede dudar de su existencia, ni de la universalidad de su carácter; pues por excepción rarísima se encontrará un niño pequeño á quien no convenga la calificación de gracioso. ¡Como que hay una edad infantil que se apellida *la edad de las gracias*! Esa edad, ya lo estáis apreciando, es aquella en que el fondo y la forma de la vida son antitéticos, en que la conveniencia del juicio pugna con la inconveniencia de la expre-



sión, en que la criatura por sí propia es un puro chiste. El niño dice cuanto siente, y el que dice lo que siente incurre en la ingenuidad, que ya provoca la sonrisa; pero de la ingenuidad pasa el niño al descaro, que cuando es sincero y no ofende produce el regocijo; y del descaro se arroja en cierta desvergüenza, que siempre fué origen y fundamento de la carcajada. El niño es chistoso como el loro, mientras dice y no sabe lo que dice, mientras discrepan la exactitud de los conceptos y el alcance de su significación; pues al llegar á otra edad en que la malicia de los años ha hecho armónicos fondo y forma de su discurso, la ingenuidad del niño es simpleza, el descaro del niño es avilantez, la desvergüenza del niño es grosería; transformaciones todas inexplicables, si no se apela á la ley generadora del chiste. El niño que no ha variado de conducta varía sin saber cómo de condición, y la edad de las gracias se convierte en edad de soserías ó de impertinencias, en esa edad que el vulgo denomina la *edad del pavo*.

Vemos, pues, por repetidos ejemplos, que sólo hay chiste donde concurren una verdad de fondo y una falsedad de forma, así como nos sería fácil probar, y por sencillo lo creemos excusado, que cuando disienten ambos términos de la ley, el chiste no se produce sino á medias. Oid á la generalidad de las gentes: no les parece buen gracioso el que se ríe de sus gracias; critican al actor cómico cuando exagera lo cómico de su papel; desdeñan al caricaturista si retrata con trazos verosímiles á la persona que intenta satirizar; y en cambio aplaude al hombre serio que profiere una frase oportuna, ó aclama al actor cómico cuando con aparente enfado le hace reír, ó encomia al caricaturista si por entre las líneas del absurdo ve transparentarse la persona satirizada. Nunca será chiste llamar ladrón al que roba; pero siempre provocará una sonrisa llamar al ladrón *aprovechado*.

Adelántome á destruir una objeción que puede hacerse á nuestro estudio, y es que en ocasiones parece como que se falta á esa regla del contraste, porque aun resulta chiste en la persona que se ríe de sus gracias, ó en el actor que exagera su papel, ó en el caricaturista que expresa con demasiada realidad su dibujo; pero estos casos, como otros en que puede hallarse deficiencia á la ley están comprendidos en ella, sin embargo; pues, ó producen el chiste con imperfección, pudiendo producirlo completo, ó hay que buscar su causa en un nuevo accidente que corresponda á los fundamentos de la ley misma. Oigamos siempre al vulgo cuando dice: «Ese hombre es chistoso á pesar de que se ríe de sus gracias. Ese actor me hace reír á pesar de que abusa de las *morcillas*.» — Estúdiense, por lo tanto, el chiste, y constantemente responderá á la fórmula que desde el principio dejamos expuesta.

Y ¿qué bienes nos proporciona ese hallazgo? dirán algunos tal vez. ¿Qué ventajas prácticas van á obtenerse con el descubrimiento de esa ley, caso de que en lo referido haya ley y haya descubrimiento? Primeramente, puede contestarse que nunca es inútil averiguar la razón de las cosas, y menos cuando ellas influyen en ramos peculiares de la inteligencia, mas después habría que dirigir las mismas preguntas á todos los estudios estéticos, los cuales se encaminan al análisis *del porqué* en cuanto se refiere al espíritu humano. Ciertamente es que por saber el origen del chiste no van á fabricarse hombres chistosos, como por haber determinado las reglas de un discurso no se hacen oradores, ni por haber definido las calidades de una pintura se producen artistas; pero reconócese que analizada la esencia del trabajo intelectual, si no se obtienen elementos decisivos de creación, se obtienen elementos seguros de comprobación. Quien sepa lo que es chiste podrá juzgarse á sí propio en las obras que intentó

hacer festivas ó inspirarse en las leyes de la gracia para emprender aquéllas con que pretenda regocijar al público. Sabrá además ejercer una crítica justa sobre las obras de los otros, y dirigir saludables lecciones á los que se extravíen, creyendo facultad libre de una vena caprichosa lo que es conveniencia forzada de una ley de buen gusto.

Todos conocéis, señores, esa forma literaria llamada *humorística*, que nació y se propagó en los últimos tiempos entre escritores distinguidos, los cuales, á pesar de su numen, no alcanzaron la honra de que el estilo que implataban conquistase adeptos ni formase escuela. ¿Por qué sucedió así? Porque el *humorismo*, y perdonadme el empleo de esta palabra que vosotros no admitís ni yo debo usar, traía la pretensión de hacernos reír, y pecaba, sin embargo, contra las leyes del chiste. Ese abuso de frases cómicas entre períodos dramáticos, esa volubilidad afectada de dicción, desconcertando períodos graves; ese personalismo impertinente de que hacía gala, destruyendo las ilusiones que acariciaba el lector, pudieron agrandar entonces, y aun pueden agrandar hoy cuando con abundancia de talento se producen; pero no han adquirido ni adquirirán jamás carta de naturaleza literaria, como opuestas que son al fundamento del donaire legítimo en la escritura.

El donaire legítimo en la escritura no hay para qué inventarlo; está inventado. Todas las lenguas tienen sus modelos en la especie, de cuya enunciación hago aquí gracia, persuadido como estoy de que acuden á vuestra memoria antes que á la mía; mas como el prototipo de él y norma indiscutible de ese modelo nos pertenece tan en absoluto, es imposible prescindir de su examen aun contrariando mi presente propósito de no examinar obra de ingenio alguno. Efectivamente: me había propuesto no hablar en el día de hoy de ningún autor ni de ningún libro, pero ¿quién puede escribir sobre materia literaria entre españoles y para una corporación como la que me escucha, sin nombrar ese libro, cuyo solo anuncio está ya regocijando vuestra alma y atrayendo el delirio á vuestra fantasía? En él se halla, no sólo el fundamento, sino el desarrollo total de la ley antes proclamada, hasta el punto de que pueda decirse que, así como no hubo verdadera estatuaría en el mundo del arte antiguo hasta que un griego acertó á modelar la estatua *Regla*, así no ha habido verdadero chiste en el mundo moderno de la literatura hasta que un español trazó los contornos de *Don Quijote*.

Señores: Don Quijote es la figura más seria que ha producido la humanidad. — Ya veis que humanizo al personaje de la ingeniosa fábula como si hubiera habitado entre nosotros; porque presumo interpretar así vuestro propio pensamiento, y porque sé que vais á convenir conmigo en declarar que Cervantes, inspirado por el Creador, y siguiendo sus huellas, hizo del Ingenioso Hidalgo un hombre á su imagen y semejanza. — Pues bien: en Don Quijote, decía, todo es grave, circunspecto y solemne. Noble en su origen, humanitario en su condición, generoso sin reservas, valiente hasta el heroísmo, amante puro y de castos deseos, emblema de justicia y rectitud en humanas acciones, habría que ascender á la esfera de los bienaventurados para encontrarle émulo. Y sin embargo, Don Quijote es una perpetua risa: un chiste corpóreo, si me es permitida la frase, desde que sale al mundo hasta que vuelve á su casa para morir.

¿En qué se funda esto? ¿Cómo explicar contrasentido semejante? — Esto se funda en que esa sublime autobiografía, desesperación de los que escriben y encanto de los que leen, lleva una conformidad absoluta en el fondo de las ideas, y una absoluta disconformidad en la forma de practicarlas. El humanitarismo de Don Quijote, que no reconoce lí-

mites, le induce á creer que debe y puede entrometarse en todas las desdichas; su valor, que no reconoce freno, le induce á pelear lo mismo con molinos de viento, creyéndolos gigantes, que con leones desengañados á quienes desprecia porque no le acometen; su amor espiritual, y de exquisita ternura, que no reconoce superior ni aun semejante en el mundo, le induce á presumir que su encantada Dulcinea, aun convertida en labradora humilde, debe oler á ámbar y ambrosía cuando puede oler á ajos y cebollas; su condición de justiciero, en fin, que no reconoce obstáculos ni circunstancias para emplearse en el bien común, le coloca en aprietos como el de ser apedreado por los gaieotes, pisoteado por una manada de toros y maltrecho en tantas y tan descomunales batallas que pudo llegar á creer alguna vez que se le convertía en requesón la sesera.

Don Quijote, vuelvo á decir, es un puro chiste, y es un puro chiste porque lucha en perpetua verdad de esencia con perpetua mentira de accidentes: hace reír y debe hacerlo; es un alma provocante á admiración y resulta provocante á risa. Pero hay un momento en ese libro admirable que suspende todas las burlas y las trueca en sentidos pésames. ¿Cuál es ese momento? Aquel en que concuerdan el fondo y la forma del carácter, aquel en que postrado en el lecho, asistido por el Ama y por la Sobrina, rodeado del Cura y del Bachiller, puestos los ojos en Sancho Panza que le invita á salir nuevamente al campo en busca de los recreos pastoriles, exclama con acento de profunda verdad: — «Poco á poco, señores, que en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo era loco y ya soy cuerdo.» — En trances mortales se había hallado muchas veces Don Quijote y hacía reír; en el trance mortal de Alonso Quijano no hay medio de sustraerse, como el propio Cervantes dice, al *empujón* de las lágrimas.

Y bien, señores: dentro de ese nunca bien ensalzado libro, que provoca risa, se plantean y resuelven los más arduos problemas de la vida humana. Allí se discurre sobre el honor, la virtud y el patriotismo; allí se dilucidan cuestiones de filosofía, de teología y de historia; allí se tratan asuntos relacionados con la medicina y las ciencias naturales; allí se controvierten las armas y las letras, la administración y la justicia, la sociedad y sus códigos, el pueblo y sus costumbres; todo se enseña ó se aprende allí. ¿Evita acaso lo ameno de la fábula que cuanto de ella se deduce, quede bien estudiado y mejor aprendido?

Al escoger el tema que tan de pasada voy examinando, he querido no sólo esclarecer un punto interesante para la literatura, sino hallar el pretexto de extenderme á la vez sobre otro que con el mismo se relaciona é influye poderosamente en el arte de escribir. Me refiero á la precisa innovación en la forma literaria, si ha de favorecerse, como es justo, el progreso incesante é ilimitado de la publicidad.

Todos convienen en que, cuando el mundo *marcha*, las artes y las letras deben caminar armónicas con los demás conocimientos humanos, pero no todos están conformes en el medio de conseguirlo. Suponen algunos que el progreso de las letras, especialmente, pues el de las artes es ajeno por ahora á nuestro propósito, consiste en establecer cierta libertad de expresión, cierta irreverencia fraseológica, significada por el uso de nuevos vocablos, extranjeros casi siempre, fundándose en que á los antiguos moldes no pueden adaptarse las ideas novísimas. Quizá tengan razón al exigir algo de latitud en el enriquecimiento del idioma; mas no estriba en él ese progreso que las letras exigen y de que el escritor moderno debe hacerse cargo. El progreso que el arte de escribir pide hoy se deriva precisamente del tema enunciado antes; es hijo legítimo de la difusión de las luces; lo reclama la manera con que la juventud se educa, con que los hombres





COSTUMBRES.—LAS AMIGAS, DIBUJO DE J. LLOVERA.



piensan, con que las gentes viven; más que de palabras, es cuestión de estilo: el progreso de hoy en el arte de escribir exige por fundamento la amenidad.

Hubo una época en que no se escribía más que para las personas á quienes interesaba directamente la calidad de los escritos. Se escribía literatura para los literatos, medicina para los médicos, teología para los Sacerdotes, jurisprudencia para los jueces, y hasta las ciencias y la historia apenas traspasaban el círculo de los eruditos ó de los sabios. En esa época la escritura podía ser seca y desabrida, impropia ó iliterata, siempre que condujese á establecer ó proseguir relaciones con los entendimientos de una misma familia. Nadie se paraba en la forma, ni dejaba de apreciar los conceptos que se le dirigían porque éstos careciesen del adorno y aliño de la dicción. Si me fuera lícita aquí una frase vulgar, diría que «entre sastres no se cobraban hechuras.» — Pero hoy ha variado el asunto por completo. Hoy los médicos quieren saber de Teología, y los filósofos de Química, y los literatos de Historia natural, y todo el mundo de todas las cosas. Hoy no se aprende sólo para ejercer una profesión, sino que aparte de las profesiones de cada uno, se aprende para influir en las profesiones de los demás. Á la singularidad de los conocimientos, que antes era egoísta y ruda, ha sucedido la pluralidad de los estudios, que es más generosa, aunque sea más débil. Dad, pues, hoy al público el sistema y lenguaje de otro tiempo, y no satisfará á nadie; dadle en cambio amenidad y gentileza en la expresión, y conseguiréis que las materias más abstrusas y los más enrevesados teoremas trasciendan al dominio de la multitud. Podría aducir aquí singulares ejemplos de cómo se ha extendido por algunas naciones la historia, como la astronomía, como las ciencias naturales y las exactas, como lo más recóndito ó misterioso del saber humano; pero renuncio á ello, porque demasiado lo saben cuantos me escuchan.

Lo único que voy á consignar, no para que lo oigáis vosotros, sino para que se oiga en otras partes, es que el estilo ameno y la forma regocijada de los escritos sólo pueden usarse aprendiendo á escribir. Es muy común en los escritores torpes sustentar la teoría de que las galas del estilo son hasta impropias en ciertas y determinadas materias. Para ellos basta un caudal científico, aunque se gaste en moneda borrosa, y suelen tener esta frase en los labios:

— «Yo escribo para que me entiendan, y ello basta.» Pero ¡qué error! También se entiende á los gañanes del campo, también se entiende á los extranjeros que chapurrean nuestro idioma, también se entiende á los niños que truecan todas las frases y desnaturalizan todas las palabras. ¿Aceptaríamos, sin embargo, para la explicación de una doctrina las lecciones de un extranjero, de un patán ó de un niño? Sobre todo, ¿por qué ha de escribirse mal pudiendo escribirse bien? ¿Por qué no ha de enseñarse ese arte?

(Concluirá.)

## HIGIENE Y MEDICINA

El año que se va. — Estragos de la difteria. — La influenza. — Sus causas. — Epidemias que de esta enfermedad ha habido en Europa. — Síntomas que la caracterizan. — Profilaxis y tratamiento.



**P**RÓXIMO está el fin del año 1889; y para que no se diga que la naturaleza hace con él una excepción, separándole del círculo de sus leyes (las de la naturaleza), muere invadido por el frío. Voy á describir sus últimos momentos. Postrado en su lecho de dolor, insensible en apariencia, como el enfermo que, después de perder toda esperanza, se abandona resignado á su

suerte, va repasando uno por uno los acontecimientos que durante el período de su imperio se han sucedido en el mundo; examina con cuidado los actos en que más ó menos directamente ha tomado parte; piensa en la responsabilidad que en dichos actos ha podido caberle, y resuelve, en fin, arreglar su conciencia, no muy limpia por cierto, antes de emprender el eterno viaje.

Pero al tomar esta resolución se le presenta un obstáculo. El cansancio ocasionado en su gastado cerebro por tan larga meditación desarregla las funciones de este órgano, y el delirio no tarda en presentarse con manifestaciones alarmantes.

La puerta del abismo en que va á caer se abre ya, dejándole ver con los más téticos caracteres los tormentos que le aguardan en ultratumba.

Desconfía de su salvación; y frenético, loco, desesperado, concibe una idea infernal: no queriendo sufrir solo el castigo que sus acciones merecen, dedica sus últimos instantes á buscar una víctima que le acompañe.

En esto llega á sus oídos la algazara de las fiestas que los hombres celebran por este tiempo, y volviendo el rostro hacia la tierra, lanza en ella su helado y fétido aliento preñado de gérmenes de muerte.

Mucho cuidado, pues, con los vientecillos que en su postrer coraje desata el año.

\* \*

El criminal contrato que la difteria ha celebrado con la muerte se está cumpliendo en la actualidad de horrorosa manera. Las víctimas que la primera arroja á la voracidad de la segunda son innumerables.

Seres inocentes, ángeles encantadores que en la tierra cumplen la hermosa misión de endulzar las amarguras de muchos hogares, entran á diario, en tropel, por las puertas del Paraíso, para aumentar el contingente de los bienaventurados.

Ellos son dichosos; pero las madres, que los ven morir en medio de horribles sufrimientos, las que oyen el quejido que acompaña á la agonía, las que observan esas atroces convulsiones, esos estremecimientos profundos que preceden á la separación entre el cuerpo y el alma, quedan sumergidas por mucho tiempo en un abismo de tristeza.

¡Y después de presenciar todos los días los martirios que la difteria ocasiona, no se hace nada para acabar con una enfermedad que en la mayoría de los casos puede cortar una buena higiene!

¡Padres de familia, cuán poco tenéis que agradecer á esa que algunos llaman tutela paternal de la Administración!

\* \*

Los temores de guerra, que interrumpían el sosiego de Europa, han venido á ser sustituidos por otros que no causan menos miedo: los de la epidemia. La gripe ó *influenza*, enfermedad contagiosa que actualmente ha tomado tanta extensión en Rusia, y que según noticias más recientes amenaza invadir á todo el antiguo continente (ya está en París), no tiene nada de nueva, ni es tampoco tan leve como algunos periódicos suponen.

Para que mis lectores tengan idea exacta de esta enfermedad y se prevengan si viene por acá, voy á ocuparme de ella.

La *influenza* es una afección general, cuyas manifestaciones locales, pudiéndose presentar en casi todos los aparatos de la economía, se limitan, por lo general, á los síntomas de catarro de los bronquios.

No tiene casi nunca carácter endémico; pues que se le ha visto reinar en casi todos los países del globo y bajo cualquier estación. «Es probable, dice Graves, que la gripe dependa, ante todo, de la influencia telúrica, y que reconozca por causa alguna perturbación en los agentes físicos que modifican

la superficie exterior de nuestro planeta; pero en el estado actual de nuestros conocimientos no nos es posible hacer más que conjeturas, so pena de perdernos en investigaciones.» Sin embargo, hay quien cree que la gripe reconoce las mismas causas que el paludismo.

Las epidemias mayores de *influenza* que se han visto en Europa fueron en el mes de Mayo de 1762, en Junio de 1782, en Diciembre de 1837, y la que en el mismo mes de 1857 se presentó en Génova.

La gripe toma, cuando aparece en un pueblo, extensión pasmosa; generalmente son pocos los individuos que de ella se libran, si bien están más predispuestos á padecerla los viejos, niños, mujeres, y en general las personas de constitución endeble, en los cuales encuentra sus víctimas cuando reviste una forma grave. Esta afección respeta á los enfermos; jamás complica ningún otro trastorno patológico agudo.

Háse averiguado de una manera positiva que la cantidad de ozono que existe en la atmósfera tiene una gran influencia en el desarrollo de la epidemia de gripe. Un distinguido médico italiano, el Sr. Graverio, averiguó, durante la epidemia de Génova á que me refiero en párrafos anteriores, que el ozono atmosférico era poco notable en el tiempo en que la enfermedad había adquirido mayor extensión; después, cuando la cantidad de ozono parecía aumentarse hasta llegar á lo normal, la gripe desapareció casi de repente, sustituyéndola una epidemia de pulmonías.

\* \*

Los síntomas que caracterizan á la *influenza* son tan vagos é inconstantes, que sería muy difícil hacer de ellos clasificación metódica y ordenada.

Cada epidemia tiene un aspecto; cada caso presenta un tipo particular. Lo común es que sobresalgan los síntomas del aparato respiratorio; pero en muchas ocasiones éstos están ocultos, gracias á la preponderancia que los del cerebro y abdomen presentan.

La enfermedad comienza por un escalofrío brusco y de intensidad variable, que va acompañado de malestar general y de dolor en la cabeza, en las extremidades y las articulaciones. Poco después aparece la fiebre, que aun cuando muchas veces suele notarse poco, tiene en otras bastante intensidad. En el curso de esta fiebre se advierte una sensación de sequedad y picor en las narices que ocasiona estornudos frecuentes, los cuales van seguidos de una abundante secreción de mucosidades claras, y hasta de epistaxis, es decir, de hemorragia nasal. La dificultad de respirar no tarda en presentarse de manera alarmante; la tos es seca y pertinaz, apareciendo en ocasiones en forma de accesos nocturnos que molestan mucho á los enfermos. La lengua está seca y cubierta de un barniz blanquecino; siéntese angustia, que en varios casos va seguida de vómitos biliosos ó mucosos.

Hasta aquí los síntomas que pueden llamarse constantes. Pasando de este límite, el cerebro toma parte y la enfermedad puede llegar á ser grave. La falta de fuerzas, la laxitud general que experimentan los enfermos llega á un grado muy alto; las facultades intelectuales se embotan, el dolor de cabeza se hace insoportable, el sueño es intranquilo, y por último, aparece el delirio. Afortunadamente, la epidemia que ahora invade á Europa no reviste caracteres tan alarmantes; limita su sintomatología únicamente á los fenómenos catarrales.

\* \*

Por si acaso se le ocurre á esta enfermedad hacernos una visita (que no será difícil, pues que carecemos de medios para defendernos), no estará de más que diga algo sobre su profilaxis ó medios preservativos y su tratamiento.





El aislamiento es la primera medida que debe adoptarse en toda epidemia. Si éste no puede establecerse en la que ahora nos amenaza, bueno es tomar en cuanto aparezca 20 centigramos diarios de sulfato de quinina, repartidos en cinco píldoras, guardarse de las bajas temperaturas y de la humedad.

Los auxilios que deben prestarse á los enfermos de gripe antes de llamar al médico, consisten en sudoríficos. ¡Dios haga que los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA no tengan necesidad de utilizar estos consejos! Mucho mejor es celebrar la Pascua con el pavo que con pócimas amargas, ya que en el orden moral tantas tiene esta vida.

DR. GONZÁLEZ DEL VALLE.

## EL DESAFÍO

Porque es ley del honor vengar la afrenta  
Y varonil deber honor tirano,  
Por fútil causa apréstase el hermano  
A luchar con su hermano en lid sangrienta.

Ni furor en su pecho se alimenta  
Ni el odio aviva su delirio insano;  
Sangre no quiere derramar su mano,  
Y de sangre su mano está avarienta.

Ley, honor y deber, en torpe liga,  
Trabas poniendo á la razón sensata,  
A la razón declaran su enemiga;

Y por ley, que no es ley, y el triste acata,  
Deber, que no es deber, fiero le obliga,  
Y honor, que no es honor, quizás le mata.

MARQUÉS DE DOS HERMANAS.

## EL MAL VIENTO

### I

**D**URANTE el verano de 1883 se fastidiaban de lo lindo los moradores de Rocalta. Era ésta una ciudad de unos diez mil vecinos, situada en la parte occidental de la Península, á la misma latitud que Madrid y casi equidistante de la Corte y del Atlántico. Aunque grande y poco populosa, puede decirse de ella que lo que le faltaba de población le sobraba de cultura, pues los rocalteños, frívolos y presuntuosos por naturaleza, ponían especial cuidado en imitar los usos y costumbres cortesanos, como si en la mismísima villa del oso residieran y medraran. Así, pues, contaba nuestra ciudad con algunos edificios suntuosos, ya públicos, ya particulares, despejadas calles, amplias plazas, enarenados y alegres paseos, teatro más magnífico que capaz, amenos y frondosos jardines, llamados también del *Buen Retiro*; todo lo cual, siempre que venía á cuento, hacía afirmar, no sin cierto énfasis, á los rocalteños, que Rocalta era un Madrid en miniatura. Y no sólo lo era en realidad, sino que, por su situación topográfica y pintorescas cercanías, aventajaba no poco á nuestra villa y Corte; pues la ciudad de Rocalta, gravemente asentada en una eminencia á seiscientos metros sobre el nivel del mar, regada por el Juncal, río mucho más ameno y caudaloso que nuestro pobre Manzanares, rodeada de feraces huertas por un lado, de montañas pobladas de bosques y viñedos por otro, ofrecía un clima tan saludable y tan igual, una temperatura tan fresca y apacible, aun en los meses calurosos, que unida esta circunstancia á la eficacia de ciertas aguas medicinales que, procedentes de las próximas montañas, estaban indicadas para las enfermedades del estómago, hacía de nuestra ciudad una para muchos obligada y grata residencia de verano. De los naturales, para el que

conozca á los madrileños, no hay que hablar; diré, con todo, para quien no los conozca, que trabajaban poco y vagaban mucho; que vestían bien, comían mal y dormían peor, según eran de frívolos y trasnochadores; que se ocupaban casi nada de sus propios asuntos, sin descuidar, rara anomalía, en un ápice, los del vecino, y que, amigos del palique insustancial, charlaban por los codos sin tino ni concierto, y, lo que era más de lamentar, criticando usos y costumbres no siempre criticables, despellejando prójimos, cortando holgados sayos y destrozando á veces honras y reputaciones, por elevadas ó dignas de respeto que á ojos más cristianos pareciesen.

Aquel verano, sin embargo, ora se hallasen en saludable equilibrio los estómagos, ora el calor no abrasara como de costumbre á los cortesanos, ora corriesen en diversa dirección los vientos de la moda, es lo cierto que apenas afluían á ella forasteros, y que, conforme dije antes y repito ahora, se fastidiaban de lo lindo los moradores de Rocalta.

### II

En tal situación, una ardorosa mañana de Julio, el tren correo de Madrid, que pasaba por allí á las once, dejó en la estación media docena de viajeros, entre ellos una señora como de treinta años, acompañada de un niño de cinco ó seis, la cual, después de tomar un coche y de mandar que cargaran en él los equipajes, se dirigió al *Hotel del Cisne*, soberbio edificio situado en la plaza del Estatuto, que era como si dijéramos la Puerta del Sol de Rocalta, si bien se diferenciaba de la de la Corte en ser menos extensa, en presentar á la vista una forma más regular y en hallarse embellecida por altas y copudas acacias que le prestaban fresca sombra. Al ver á la señora apearse del carruaje y dirigirse con el niño de la mano hacia el *hotel*, varios desocupados elegantes que, esperando la hora del almuerzo paseaban á la sombra de las acacias, se detuvieron á contemplarla.

— ¡Qué hermosa es! — dijo uno de ellos.

— Lío tenemos — observó otro.

— ¿Cree usted...?

— Seguro; dama joven y no mal parecida, que viaja sola con un niño..... hombre, por amor de Dios, ¿qué quiere usted que sea?

— No diré que sí, ni que no; sólo el tiempo, gran descubridor de verdades.....

— Usted verá.

— Sí, me gustaría verlo.

— Mucho ojo, pues, que la vista engaña.

Y aquellos desocupados, hartos de fastidio, por matar el tiempo, por dar á sus espíritus entegros sabrosa comidilla, y también por ver si algo se pescaba, constituyéronse en polizontes honorarios de la dama.

Esta última, una vez instalada en el hotel, salió aquella misma tarde con dirección al establecimiento balneario, siempre acompañada del niño, á consultar con el médico director el tratamiento que debía observar contra la dolencia de aquél, que á Rocalta la llevaba. Los desocupados que, como las hijas de Elena, eran tres y ninguno era bueno, estaban ojo avizor, y al verla cruzar la calle principal de la ciudad, siguiéronla á distancia conveniente, teniendo ocasión de observar que el niño daba á la señora el dulce nombre de *mamá*.

— ¿Lo ven ustedes...? Ya decía yo..... — profirió Ernesto, que era el mayor libertino de los tres — ese niño tiene madre, naturalmente, y lo es, por lo visto, esa señora; pero..... ¿y el padre? preguntó yo, ¿por qué los abandona, por qué no viaja con ellos ese caballero?

— Tiene usted razón — respondió Paco, que así se llamaba el segundo libertino — á la vista están la madre y el hijo, sin otra compañía..... luego, rompe-

cabezas al canto, es decir, ¿dónde está el padre?

— Me van ustedes convenciendo — dijo el otro tal.

— ¿No observan ustedes qué paliducho está?

— Naturalmente, esas criaturas viven poco; dijérase que, como en otro tiempo, expían las faltas de los padres.

— Sí, el matute se halla expuesto á contingencias.

En esto unos y otros habían llegado al establecimiento, que era uno de los últimos y grandes edificios de la ciudad, mirando á la montaña. La señora y el niño entraron en él, y después de interrogar la primera á un dependiente, subieron ambos al piso principal, donde tenía su despacho el director. Nuestros elegantes permanecieron abajo, en el salón, y tomando asiento en un diván, empezaron á charlar. La conversación, claro está, tratándose de jóvenes alegres y licenciosos, fué poco edificante. Ernesto, dándose aires de Tenorio, se puso á referir cierta aventura escandalosa, en la que como protagonista figurara algunos años antes, en uno de sus frecuentes viajes á la Corte.

— ¿Y ella se llamaba....? — preguntó Luis, á quien aun no habíamos nombrado.

— Emilia Mínguez.

— ¿Y qué tal se presentó? — aventuró Paco.

— Perfectamente. La amé durante tres meses.

— Pues no acabo de explicarme — observó Luis — cómo renunció usted tan pronto.....

— Pues ahí verá usted.....

Y Ernesto murmuró al oído de Luis algunas palabras ininteligibles.

— Vamos, ya comprendo, escurrió usted el bulto — añadió éste.

Iba el Tenorio á contestar cuando se oyeron en la escalera las pisadas de la señora, que bajaba con el niño.

— ¡Silencio! ahí está nuestra viajera — advirtió Paco.

Ésta, en efecto, acababa de bajar y se dirigía al vestíbulo del establecimiento. Entonces Ernesto, á quien había levantado algo de cascos la narración de su aventura, se le puso por delante, profiriendo:

— ¡Viva la gracia! ¡Vaya un cachito de gloria que nos ha llovido por acá!

La dama, sin proferir palabra ni mirar siquiera al atrevido, se ruborizó hasta lo blanco de los ojos, y dando un pequeño rodeo por no tropezar con aquél, y apretando la mano del niño, que tenía asida, y arrastrando casi á la criatura, emprendió precipitadamente el camino de la ciudad, mientras Paco y Luis se refán de Ernesto, que entre asombrado y corrido, contemplaba la fuga de la dama.

— ¿Me desdeña? Con su pan se lo coma; veremos quién puede más — dijo el Tenorio.

Y los tres amigos echaron á andar también hacia Rocalta, sin perder de vista á la señora. Cuando ésta se hubo, digámoslo así, refugiado en el Hotel del Cisne, Ernesto, avanzando hasta el portal, dijo á un camarero:

— Oye, tú..... ¿quién es esa señora?

— Caballero, yo.....

El sirviente sintió que le deslizaban en la mano un duro, y añadió cambiando de tono:

— Yo no sé más, señorito, sino que ha venido de Madrid y que su nombre es doña Clara Hernández.

— Gracias, basta con eso, por ahora — masculló el elegante, volviendo á reunirse con sus compañeros.

— Diga usted — le preguntaron éstos — la aventura que ha poco nos refirió en el balneario..... ¿cuánto tiempo hará de ella?

— ¿No se lo dije á ustedes? Pues de cuatro á cinco años.

— ¡Vaya! ya es hora que la emprenda usted con otra.

Ernesto se sonrió sin contestar; pero dijo para sí:



— Pierda yo á Clara en la opinión, que luego ha de perderse ella.

## III

De allí á dos días, nuestra viajera Clara Hernández abandonó las habitaciones del hotel por una sala y un gabinete, limpios y alegres, que, mediante un estipendio razonable, le cedieron los habitantes de una casa situada en un arrabal de la ciudad, no lejos del balneario. Esta mudanza obedecía á los preceptos del médico director del establecimiento: el niño estaba delicado y necesitaba cuidarse; la comida de fonda, mantecosa y cargada de especias, no convenía á su organismo ni á su estómago; allí, en aquella risueña casita, respiraría aires más puros y llevaría una vida más tranquila, más higiénica; tomaría, sin fatigarse, las aguas del balneario, y corretearía por el campo vecino. Tan juiciosa determinación, con todo, fué mal interpretada por nuestros libertinos.

— La has escamado — dijeron á Ernesto sus compañeros.

— ¿No decía yo? — repuso aquél — ¡lo tenemos; se muda para estar más á sus anchas; no tardará en parecer aquello.

Clara, en tanto, comenzó á regularizar su vida veraniega en los baños de Rocalta. Creóse algunas relaciones en el establecimiento, adonde con el niño iba dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde; se exhibió con modesto continente en algunos sitios públicos, como los Jardines del Buen Retiro, donde, imitando á Madrid, se daban conciertos nocturnos; San Juan Bautista, que así se llamaba la Catedral de la ciudad, y el paseo de la Alameda, tan ameno como concurrido al caer de las tardes de verano. Con tales exhibiciones nuestra Clara hubo de llamar muy en breve la atención de todos, despertando con su figura hermosa y distinguida, con su traje sencillo y elegante, la envidia de cuantas aspiraban á la gentilfía satisfacción de ser adoradas como otras tantas diosas de Rocalta, y el apetito de los que, siguiendo bajo capa de cristianos la doctrina de Mahoma, abrigaban la monstruosa pretensión de convertir el mundo en un harem y á la mujer en instrumento vil y degradado.

— ¿Quién es esa? — preguntaban las rivales de Clara, al verla con el niño en los Jardines.

— ¿Quién ha de ser? Una aventurera, digo yo, porque la compañía no la abona.

— Cierito, ese niño, enfermizo, solo....

— ¿Será casada ó viuda?

— Dios me libre de levantar á nadie una calumnia ni de hacer un juicio temerario; pero, en conciencia, creo....

— Pues al chico no se le traba la lengua llamándole mamá.

— Sí, más ella le mira de un modo....

— ¿Qué será? ¿Qué no será?

Si al entablarse esta ó parecida conversación, se hallaba presente Ernesto, solía meter baza, murmurando con afectado misterio:

— No se cansen ustedes; vayan ustedes á Madrid y pregunten por Clarita Hernández: allí todo el mundo la conoce.

Y á lo mejor saltaba alguien del corro:

— Es verdad; ayer la ví en el balneario y me dió muy mala espina.

A veces la pobre señora advertía, adivinaba, mejor dicho, que era blanco de estos tiros, y cogiendo al niño de la mano, se levantaba bruscamente para ir á colocarse en otro lado, de donde no era cosa del otro jueves que la desalojase un nuevo tiroteo.

De esta suerte, y valga la metáfora, la máquina neumática de la murmuración y la calumnia iba formando en torno de Clara el mefitico vacío del

deshonor y del desprecio. Comentábanse, echándolos á mala parte, sus actos más naturales y sus palabras más sencillas; hasta los sucesos más insignificantes de su vida, como el recibo de una carta, el cambio de un vestido, eran astillas y virutas con que los rocalteños, hartos de fastidio y hambrientos de distracción, iban á aumentar la hoguera en que aderezaban su sabrosa comidilla. Los hombres, en tanto, buscaban el trato de Clara con estudiada galantería y con fines poco honestos; las mujeres ó se hacían las distraídas cuando en cualquier paraje público les dirigía la palabra, ó se apartaban francamente de ella, sin preocuparse de lo que Clara pensaría viendo tan extraño proceder, ó proseguían su trato dándose aires de protección, salpicándolo, en las conversaciones, de preguntas intencionadas y de ofensivas reticencias, peores mil veces que el ultraje rencoroso y franco.

— ¿Qué les he hecho yo? ¿Por qué me tratan de ese modo? — se preguntaba la infeliz.

Y entonces el niño, con una graciosa caricia ó una gracia cariñosa, trocaba en dulce sonrisa la amargura de una lágrima.

Así se fué pasando el mes de Julio y comenzó á correr Agosto hasta que un acontecimiento inesperado y grave vino á distraer hacia otro lado la atención de los rocalteños. Una temible insurrección militar contra el Gobierno constituido acababa de estallar en Badajoz, con ramificaciones en otros puntos importantes de la Península. Con tal motivo nadie volvió á ocuparse de Clara para decir bueno ni malo, y todas las miradas se dirigieron hacia el punto en que convergían las de todos los españoles. Comentóse el suceso con satisfacción por unos, con indignación por otros, con interés y viveza por todos, mayormente si se considera que el punto insurreccionado no distaba mucho de Rocalta. La insurrección, no obstante, fué sofocada; viéronse presos ó fugitivos sus principales jefes y secuaces, aunque con daño del Gobierno, no tardando en restablecerse la tranquilidad ni en volver á su primitivo ser y estado el actual orden de cosas.

Ernesto, sin embargo, uno de los pocos á quienes no importaba mucho la suerte del país, seguía urdiendo planes maquiavélicos y acechando á la sordina una ocasión para caer de un golpe, como el gato, sobre la ya deprimida honra de nuestra pobre Clara.

— Cuando esa mujer no tenga — se decía — ni dónde posar la vista ni á quien dirigir la voz, me declaro yo su campeón, y, pese á quien pese, el triunfo es mío.

Esta ocasión, en efecto, no hubo de tardar en presentarse. La casa que habitaba Clara, situada, según ya dijimos, en un extremo de la ciudad, tenía en su parte posterior un jardinillo cuya puerta excusada iba al campo. Una noche en que Ernesto, gran general de los ejércitos cupidinescos, seguido de sus dos edecanes Paco y Luis, se paseaba por aquel lado en acecho de su víctima, oyóse ruido de pisadas en el próximo sendero.

— Alguien llega — observó Ernesto.

— Efectivamente, créese escuchar....

— Retirémonos á un lado y veamos lo que ocurre.

Hicieronlo como decían, y al breve rato un bulto masculino se destacó de entre los árboles. Iba embozado en una capa, á pesar de la estación, y andaba con paso cauteloso, mirando á derecha é izquierda como quien teme ser visto ó conocido. Nuestros libertinos, ocultos en una próxima espesura, le vieron dirigirse hacia la puerta del jardín y dar en ella dos discretos golpecitos. La puerta se entreabrió sigilosamente, una voz femenina, la propia voz de Clara, rompió el silencio nocturno, preguntando:

— ¿Eres tú, amigo mío?

— Yo soy, ábreme pronto.

— ¿Te han visto por desgracia?

— Nadie, que yo sepa. ¿Y el niño?

— Mejorando, gracias al médico y á estas aguas.

— Eres un ángel, Clara.

— Entra, entra, no hay tiempo que perder.

Ernesto y sus compañeros no pudieron oír más, porque la puerta acababa de cerrarse. Vagaron, á pesar de ello, toda la noche por aquellas cercanías, y antes de rayar el alba vieron al mismo hombre salir por la misma puerta, encaminarse con iguales precauciones á un inmediato bosquecillo, montar en un caballo atado á un árbol y perderse como un fantasma entre las sombras. Esta escena se repitió por espacio de dos noches consecutivas, y luego.... nada, silencio inalterable en torno de la casa.

¿Para qué querían oír ni saber más Ernesto y compañía? Echaron á volar la historia, corregida y aumentada, y á los tres días no se encontraba en Rocalta mujer que no se apartase de Clara como quien huye de una víbora, ni hombre que no la viese ó la nombrase con desprecio.

— ¡Ajá, ya es mía! — exclamó Ernesto, frotándose las manos.

— Y también nuestra — añadieron con igual satisfacción, para su sayo cada cual, Paco y Luis, sus licenciosos edecanes.

## IV

La calumnia es el mal viento que marchita y arrebatata cuanto toca. Comienza con susurro de céfiro entre flores ó murmurio de linfa en el arroyo, sigue con rumor de brisa fuerte que las copas de los árboles agita, continúa como impetuoso vendaval que todo lo agosta ó lo desgaja, estalla en ventisca que montones de nieve arremolha, y concluye en fiero alud que cuanto al paso encuentra arrasa y troncha. Tal llegó á ser en Rocalta la situación de Clara y de su niño, sobre cuyas cabezas rodaba ya el alud de la calumnia. Si se presentaban en el paseo de la Alameda, todos les señalaban con el dedo; si concurrían á los Jardines del Buen Retiro y se sentaban debajo de los árboles, no quedaba á veinte metros de distancia un solo concurrente; ancha calle se abría ante los dos, si entraban ó salían del ya entonces concurrido balneario.

— Miren la dama del galán nocturno, ¡con qué descaro pasea su vergüenza! — murmuraban al verla.

Estas y otras parecidas frases llegaban hasta Clara, y al oirlas, murmuraba la infeliz:

— ¡Desdichados! si otra cosa no exigiera la salud del niño, ya estaría yo á cien leguas.

Una tarde en que tal escena se verificaba, Ernesto, seguido de Paco y Luis, considerando ya segura la victoria, se acercó á Clara y le dijo al oído:

— No hay que apurarse, señora, aquí está un galán para una dama.

Ella le contempló un momento con dulce resignación, y respondió:

— Ya no me cabe la menor duda, muerto debe de estar mi honor cuando le picotean cuervos.

Y volviéndole la espalda, con ademán digno de una reina, dejó al Tenorio avergonzado.

Como apretase el sol canicular, la afluencia de forasteros y bañistas prestó al fin un contingente numeroso á la rocalteña población. Con objeto de divertir á los visitantes, anuncióse un espléndido baile en el Casino de la ciudad, que hacía gala de darlos muy lucidos.

Llegó el día, sonó la hora, animáronse los salones, y con sorpresa y disgusto generales, Clara, elegantemente vestida y radiante de hermosura, dando el brazo á un caballero apuesto y joven, apareció entre los concurrentes.

— ¡Qué escándalo! ¡Qué impudencia!

— Eso es el colmo del descaro.

— ¡Y lo consentiremos!





Sin hacer caso de tales rumores, Clara y su acompañante recorrían los salones y bailaban algún que otro número del programa.

Ernesto, un instante en que la vió sola, quiso invitarla á su vez, pero interponiéndose repentinamente el caballero, profirió:

— Perdóneme usted y entiéndalo bien: esta señora está comprometida.

— ¡Comprometida! ¿Lo oyen ustedes? No ha podido hablar más claro— dijo á Paco y á Luis, ocultando su despecho el desairado bailador.

Acertó á oírlo el caballero, y volviéndose bruscamente y encarándose con los concurrentes más inmediatos, repuso en alta voz:

— Es muy cierto, señores: con mi disculpable ligereza he dado lugar á juicios temerarios. Felizmente, todo puede repararse y voy á repararlo: tengo el honor de presentar á ustedes á Doña Clara Hernández del Pulgar, mi legítima esposa, lo cual equivale casi á presentar á ustedes una santa.

— ¡Su esposa!— repitieron como un eco la mayor parte de los concurrentes, arremolinados ya en torno de Clara y su marido.

Este último prosiguió con la mayor naturalidad:

— Esa pobre mujercita mía, ahí donde ustedes la ven, ha pasado por el grave temor de verme deportado..... ó fusilado. Soy capitán de infantería; me hallaba de guarnición en Badajoz, y por obedecer á mis inmediatos superiores me he encontrado, sin saberlo, envuelto en la reciente insurrección.

Esta circunstancia, muy desagradable por cierto, me ha puesto en el apuro de ocultarme y de visitar á mi mujer de modo algo sospechoso, porque hartos lo saben ustedes, los Consejos de guerra no se andan en chiquitas. Afortunadamente, al fin ha brillado mi inocencia, y hoy, ya lo ven ustedes, puedo presentarme y presentarla. En cuanto al niño que tanto ha preocupado á ustedes y que á estas horas se halla en casa durmiendo como un ángel, aunque á los dos nos pertenece, ni es hijo de Clara ni lo es mío.

Un murmullo de asombro acogió este discurso, mientras continuaba el militar:

— Lo del niño es otra historia..... voy á contársela á ustedes, con su permiso. Hará cuatro ó cinco años,

Madrid, un calavera insustancial, mal digo, un canalla, sedujo con halagos y promesas á una joven, á la íntima amiga de mi mujer, que no lo era á la sazón. La infeliz, al verse abandonada y madre, murió de pena, si bien al morir tuvo el consuelo de ver el fruto de su culpa adoptado por su amiga, á quien no arredraron el ultraje y la calumnia. Yo, que admiraba la beldad de Clara, admirando también su abnegación y su virtud, me casé con ella y como ella adoptó al niño. En cuanto á la verdadera madre, Dios la habrá perdonado, porque, como la Magdalena, lloró mucho. ¡Pobre Emilia Mínguez! Por lo que toca á ustedes — concluyó el caballero — sabiendo ya hasta donde llegan el escándalo y la impudencia, queden con Dios y que él se digne iluminarles, porque..... ahora son ustedes los que no merecen codearse con nosotros.

Y asiendo del brazo á su mujer, salió del local, con la frente erguida, sin que ninguno de los abochornados concurrentes se atreviera á detenerle.

Sólo Paco y Luis pudieron observar que Ernesto se ponía lívido al oír el nombre de Emilia Mínguez.

— ¡Calle! — profirió el primero. — ¡Conque aquella aventura madrileña que en el balneario nos contara..... conque resulta ahora que él es el padre, y que Clara no es la madre.....!

— Hétenos aquí resuelto el rompecabezas — añadió el segundo — ¿dónde está el padre? ¿Cómo había de verlo Ernesto, si era él mismo?

— ¡Ja, ja..... Tiene gracia!

Pero en vano se reían: el Tenorio había salido

del Casino y no le volvieron á ver los rocalteños. ¿Qué fué de él? ¿Se enmendó? No es de creer, pues si los calumniadores se enmendaran, viviría la inocencia sin tropezar con la calumnia.

JUAN TOMÁS SALVANY.

## LAS DOS VIDAS

A UNA NIÑA

Tímida estrella que entre las nubes  
De la inocencia vela su luz;  
Flor que perfumes de gloria exhala,  
Tal eres tú.

Hoy es tu vida risa de un ángel:  
Bello celaje de oro y carmín;  
Lago de esencias, copo de nieve,  
Sueño feliz.

Tu pensamiento, cual mariposa,  
Sobre las flores del mundo va;  
Flota en la vida, como la espuma  
Flota en el mar.

Cual en la concha duerme la perla,  
Duerme en tu pecho tu corazón;  
¡Tierna avecilla, que un nido tiene  
De albo candor!

Que no despierte, dulce ángel mío;  
Que su pureza te guarde Dios,  
Y nunca sepas que hay otra vida,  
¡La del dolor.....!

PATROCINIO DE BIEDMA.

## ASOCIACIONES BENÉFICAS

### ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Las Señoras de nuestro Asilo, abren desde el día 16, de once y media de la mañana á cinco de la tarde, el salón comedor de la caridad, donde en años anteriores con largueza cumplieron la misión que se han impuesto de practicar una de las más hermosas obras de misericordia: la de alimentar al que carece del cotidiano sustento. A esta cristiana labor dedican sus no abundantes recursos, con el auxilio de la manda que para análogo objeto, destinó el verdadero padre de los pobres que en vida se llamó Marqués de Urquijo, cantidad entregada á este propósito por sus herederos los Sres. Marqueses de Cubas, bien conocidos de los infelices que acuden á esta Santa Casa, por haberles visto siempre en ella atentos á socorrer por propia mano, sus necesidades.

La comida gratuita y abundante del Asilo se limita á los obreros sin trabajo, que presen en su cédula de vecindad en Madrid ó volante sellado por los Alcaldes de barrio, en que se acredite esa circunstancia. Una cédula de éstas servirá para toda la familia del pobre. Los mendigos de profesión no serán admitidos.

Para contribuir á este servicio, de suyo costoso, cuentan las protectoras de los pobres, con la limosna en dinero ó especie, que las buenas almas destinan á este meritorio fin.

## CRÓNICA

Con toda solemnidad, gran concurrencia de fieles y numerosísima comunión general, se han celebrado en Madrid la fiesta y novenario dedicado á la Inmaculada Concepción de María. En la iglesia de San Pascual pronunció una serie de conferencias notabilísimas el Padre Mendía. En la Concepción del barrio de Salamanca, dirige estas tardes la voz

á sus muchos oyentes el fervoroso y elocuente Don José María Mon. Nuestro Rmo. Prelado no pudo celebrar de Pontifical en la Catedral el día 8, á causa de indisposición, de la que felizmente se halla restablecido.

— No contándose para los gastos considerables de las obras emprendidas para la construcción de las iglesias parroquiales de Santa Cruz y Nuestra Señora de las Angustias, con otros recursos que los que dependen de la piedad de los fieles, el *Boletín Eclesiástico* de esta Diócesis, por disposición de nuestro digno Prelado, ha abierto suscripción á fin de coleccionar limosnas.

— Reconstituido con la autorización de nuestro Prelado el Centro Eucarístico de Madrid, dedicado á la adoración perpetua y nocturna del Santísimo Sacramento, se ha publicado el primer número de su Revista mensual, que contiene Estatutos y Reglamento de la primera Sección del Centro en esta capital. Al frente de esta hermosa institución, se halla el Canónigo de nuestra Catedral D. José María Caparrós.

— Uno de los jefes del partido clerical austriaco, el barón de Silimtal, acaba de fallecer en Gratz, dejando al Papa un legado de 65 millones de reales.

— Según el *Anuario de las Misiones* recién publicado en Roma, la población católica durante el período de 1886 á 1889 da un aumento de 815.314 almas, que en gran parte se debe á las conversiones.

— Nuestro compañero en la prensa y antiguo amigo, el Sr. D. Julio Nombela, ha sufrido el amargo dolor de perder á su señor padre D. Joaquín Nombela y Pérez, fallecido días pasados en Leganés á los ochenta y cinco años de edad. Pedimos á nuestros lectores una oración por el alma del finado y deseamos consuelos para sus hijos.

También ha fallecido en Granada el Presbítero Doctor y Vicerrector de aquella Universidad literaria, D. Manuel de Cueto y Ribero, suscriptor de nuestra Revista, á quien encomendamos á Dios.

— El joven Doctor y escritor católico D. Manuel Sánchez de Castro, previa oposición, ha sido propuesto para la Cátedra de derecho natural en la Universidad de Sevilla, de lo cual nos felicitamos.

— En el salón Parés de Barcelona se hallan expuestos dos trabajos que llaman la atención de los inteligentes. Un precioso paisaje en Primavera, debido al pincel del distinguido artista y nuestro corresponsal que fué en Roma, D. Francisco Guasch Homs; y de su señora, Doña Emilia Coranty de Guasch, una magnífica copia al óleo de la famosa dalmática llamada de Carlomagno, que se guarda en el Tesoro de San Pedro, en el Vaticano. «La copia, dice *El Diario de Barcelona*, es fidelísima, así en el conjunto como en los pormenores, y vista á regular distancia produce la ilusión completa del mismo ornamento litúrgico reproducido por la señora Coranty. Contemplándola se forma perfecta idea del original, y en tal concepto este excelente trabajo, en el que han debido emplearse muchas horas, debería tener cabida en el primer museo de artes suntuarias que se organizase en esta ciudad.»

## NOTAS SUELTAS

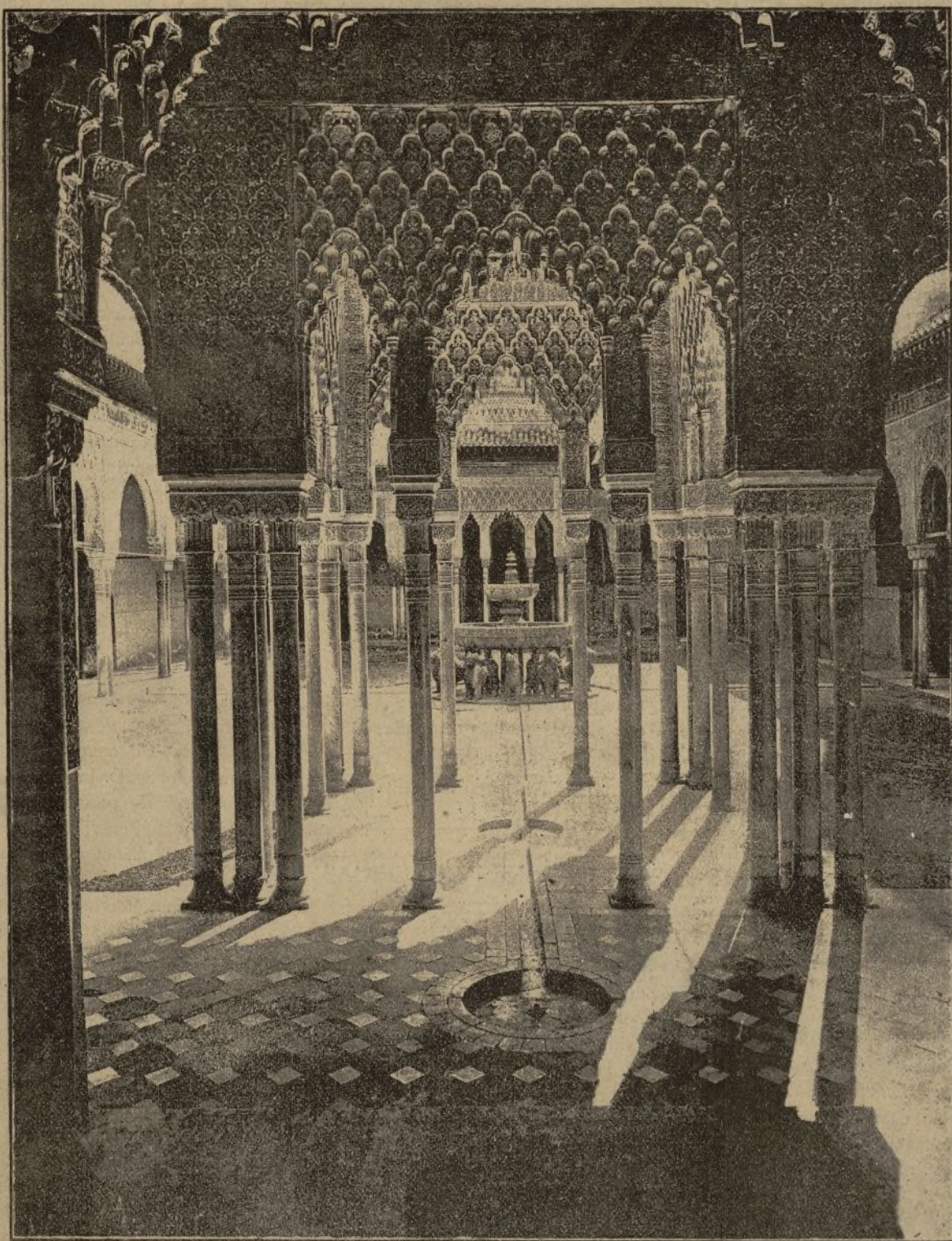
El niño llora al nacer  
y el anciano al espirar:  
el uno porque ha venido  
y el otro porque se va.

A. DE P.

\*\*

— Doctor, estoy preocupadísima con eso del dengue, porque si me ataca.....





GRANADA.—GALERÍA Y PATIO DE LOS LEONES DE LA ALHAMBRA.

— No se apure usted, Marquesa: se sobrelleva muy bien. Los dengues de las señoras son aquí endémicos. Todas padecen ustedes de ellos.

— Pues yo nada noto....

— Es una enfermedad muy rara: ustedes la adquieren y la sufrimos los demás.

\* \*

En el baile:

— ¿Se divierte usted, caballero?

— Tal cual.

— Yo me aburro soberanamente. Esta gente me empalaga.

— A mí también.

— ¿Y por qué no nos vamos?

— Yo lo siento, pero no puedo.

— ¿Por qué?

— Porque soy el dueño de la casa.

\* \*

— Préstame un duro.

— No, que luego no me le devuelves.

— ¡Bah! Dame dos y te devuelvo uno en el acto.

\* \*

#### LO QUE SIENTO

Siento cantar en la enramada umbría  
al pájaro que anuncia la mañana;  
siento el perfume que la flor temprana  
exhala al despertar el claro día;

Siento el rugido de la mar bravía  
y el metálico son de la campana,  
y siento á mi vecina en la ventana  
entonar mil cantares á porfía;

Siento bramar en el tejado el viento  
y girar en sus goznes la veleta,  
y siento de un lejano campamento  
cómo llama al soldado la corneta;  
pero escucha, lector: lo que más siento  
es no tener jamás una peseta.

A. R.

\* \*

Entre gomosos:

— Tú, tan chiquituelo: ¿dónde vas con ese bastón tan lto? Córtale por abajo.

— No, por arriba, que es de donde sobra.

\* \*

En disputa acalorada  
Juan recibió un bofetón:  
demandó satisfacción  
y diéronle una estocada.

Así el triste Juan quedó  
sin vida, pero con honra;  
porque el bofetón deshonra,  
pero la estocada no.

R. C.

LA VERDADERA  
**AGUA DE BOTOT**  
El único Dentífrico aprobado por la Academia de Medicina de París  
El mejor calmante contra los dolores de muelas.  
Encomendado especialmente con los **PÓLVOS de BOTOT**  
con Quina para los cuidados de la boca.  
229, Rue St-Honoré, París  
Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

JABON REAL **VIOLET** JABON  
DE **THRIDACE** único inventor **VELOUTINE**  
Recomendados por autoridades médicas para higiene de la Piel y Belleza del Color.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.192.